

Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica • Organo de los Admiradores de Cervantes

Redacción: Rbla. Prat, 8, pral.

Teléfono 78.867

Administración: Balmes, 54

DIRECTOR:

D. JUAN SUÑÉ BENAGES

Suscripción trimestral:

España: 3 ptas. Extranjero: 3,75

Número suelto: 1 peseta

Nuestro grabado

EL que va al frente de este número es el fac-símile de la portada de la edición príncipe de las «Novelas Ejemplares». Forman un volumen en 4.º menor de 12 hojas sin numerar y 274 folios numerados, conteniendo las primeras Portada, tabla de las Novelas, Fe de erratas, dada en Madrid a siete de Agosto de 1613 por el Licenciado Murcia de la Llana. Tassa firmada en la villa de Madrid a doce días del mes de Agosto de mil seiscientos trece años, por Hernando de Vallejo. Orden de aprobación para poder imprimir las Novelas, firmada en Madrid a 2 de Julio de 1612, por el Doctor Cetina. Aprobación de Fr. Juan Bautista, fechada en Madrid en 9 de Julio de 1612. Aprobación del Doctor Cetina, también fechada en Madrid el nueve del mismo mes y año. Aprobación de Fray Diego de Hortigosa, que lleva fecha del ocho de Agosto de mil seiscientos doce.

A estas aprobaciones sigue otra firmada por Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, en Madrid a treinta y uno de Julio de mil seiscientos trece. En el recto de la hoja cuarta, empieza la licencia para poder imprimir las Novelas, y termina en la hoja quinta, en cuyo dorso comienza el privilegio de Aragón que termina al dorso de la hoja sexta, firmado a 9 de Agosto de 1613.

Viene luego el prólogo que Cervantes puso en las Novelas Ejemplares que abarca las hojas séptima y octava. En la nona hay estampada la dedicatoria a don Pedro Fernández de Castro que termina en la décima, en cuyo dorso, y en las dos siguientes, se leen los sonetos dedicados a Cervantes.

Después de estos preliminares, viene el texto de la novela la *Gitanilla* que comienza en el folio I

y acaba en el 38, y a continuación del mismo, sigue el texto del *Amante liberal* que termina en el folio 65 vuelto. En el 66 principia el de *Rinconete y Cortadillo*; en el 87, *La Española Inglesa*; en el 111, la novela del *Licenciado Vidriera*; en el 126, *La fuerza de la sangre*; en el 137 vuelto, *El celoso extremeño*; en el 158 vuelto, *La Ilustre Fregona*; en el 189 vuelto, *Las dos Doncellas*; en el 212, *La señora Cornelia*; en el 233, *El casamiento engañoso*; y en el 240 vuelto, el *Coloquio de los perros*, que termina en el folio 274, y a la vuelta del mismo, el siguiente colofón:

EN MADRID
Por Juan de la Cuesta.

Año MDCXIII.

Alonso Fernández de Avellaneda, al principio del prólogo que puso al frente de su espúreo *Quijote*, aludiendo a las novelas del gran ingenio alcalaño, dice que son «más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas». Estas palabras que escribió el encubierto Avellaneda, no para alabar estas obras de Cervantes, sino con el piadoso fin de mortificarle, dieron lugar a que éste escribiese en el prólogo de la segunda parte de su excelsa y sin par novela: «Pero, en efecto, le agradezco a este autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.»

Verdaderamente así es: de todo tienen estas producciones cervantinas, de satíricas y de ejemplares. Este adjetivo se puede aplicar, sin ninguna clase de escrúpulos, a las novelas *El Aman-*

te liberal, *La Española Inglesa*, *La fuerza de la sangre*, *El Celoso Extremeño*, *Las dos Doncellas*, *La señora Cornelia* y a la del *Casamiento engañoso* y satíricas, mejor dicho, picarescas, *La Gitanilla*, *Rinconete y Cortadillo*, *El Licenciado Vidriera*, *La Ilustre Fregona* y el *Coloquio de los perros*. En *La Gitanilla*, pintó su autor, de mano maestra, la vida gitanesca: sus embustes, hurtos, embelecios, arcauces, bellaquerías y tretas de que se valen para engañar al prójimo. Empieza la novela con las siguientes palabras: «Parece que los gitanos y gitanas, solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte.»

Pero donde demuestra Cervantes haber hecho un acabado estudio de la vida nómada de tales sujetos, es en la descripción que hace un viejo gitano a Andrés Caballero antes de entrar a formar parte de la compañía gitanesca, diciéndole, entre otras cosas: «Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro, libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, o alguna bellaquería en la amiga, no vamos a la justicia a pedir castigo. Nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas o amigas: con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros: pocas cosas tenemos que no sean comunes a todos, excepto la mujer o la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte. Entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere puede dejar la mujer vieja, como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos. Lo montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los ríos peces y los vedados caza: sombra las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, música los truenos y hachas los relámpagos:

para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende; a nuestra ligereza no la impiden los grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes; a nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros. Del sí al no, no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores. Para nosotros se crían las bestias de carga en los campos, y se cortan las faldriqueras en las ciudades: no hay águila, ni ninguna otra ave de rapiña que más pronto se abalance a la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos a las ocasiones que algún interés nos señalen; y, finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos, y de noche hurtamos; y por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de acrecentarla; ni sustentamos bandos, ni madrugamos a dar memoriales, ni a acompañar magnates, ni a solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos; por cuadros y países de Flandes los que nos da la Naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que a cada paso a los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, a todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche: vemos cómo arrinconan y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego, tras ella, el sol, *dorando cumbres* (como dijo el poeta) y *rizando montes*; ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere a soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca; un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, a la esterilidad que a la abundancia. En conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refrán: «Iglesia, o mar, o casa real», tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.»

Corre parejas con esta bella descripción de la vida gitanesca, la riqueza de vocablos, frases y giros que a cada paso salen en las páginas de esta novela, todo lo cual, unido al lenguaje que en ellas campea, acrecienta aun más el mérito con que está escrita. Por su valor literario, es *La Gi-*

tanilla, una de las novelas que más han corrido de molde.

En la novela *Rinconete y Cortadillo* se narra la vida de dos pícaros. Son dos muchachos, el uno llamado Pedro Rincón, y el otro, Diego Cortado, ambos de edad de catorce a quince años, los cuales de lance en lance, van a sentar sus reales a Sevilla donde se les ve que se acogen al oficio de mozos de la esportilla, cargo que desempeñan a las mil maravillas, hasta que otro mozo esportillero, llamado Ganchuelo, los presenta al padre de los truhanes, al famoso Monipodio. Ocioso es decir que tanto la pintura de éste, como la descripción de su casa, amparo y refugio de toda la hampesca sevillana, compuesta de ladrones, rufianes, fuleteros y rameras, son cuadros pintados al natural por quien conocía a fondo toda la vida y milagros de la gente maleante que albergaba Sevilla al finalizar el siglo XVI.

Puede decirse, sin ningún embozo, que esta novela, sembrada de felices y oportunos equívocos, es un rico filón de frases y modismos germanescos desconocidos de muchos que se llaman cervantistas, y la más picaresca de todas las que brotaron de la inimitable pluma del regocijo de las Musas.

En *El Licenciado Vidriera* se vale Cervantes de la rara locura de Tomás Rodaja, ocasionada por un hechizo que le dieron en un membrillo toledano, para cantar las excelencias de Roma, Nápoles, Milán, Génova, Florencia, Luca, Mesina, Venecia y de otras ciudades de Italia. También pinta magistralmente, la vida soldadesca con «la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios» y otras cosas tocantes a la melicia; así como la de los mozos de mulas, marineros, carreteros y artieros. Fustiga a los malos poetas y pintores y ensalza a los buenos. Arremete contra los libreritos por los melindres que hacen cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que suelen hacer a su autor si acaso le imprime a su costa. Dispara agudas saetas contra los boticarios, médicos, jueces, letrados, escribanos, procuradores, alguaciles, zapateros, sastres, tahures y gariteros de su tiempo. Tal es, puede decirse, el argumento de esta novela que, por su lenguaje y galanura de estilo, puede competir con las mejores que escribió Cervantes.

Los principales personajes, además de Costan-

za, protagonista de *La Ilustre Fregona*, son don Diego de Carriazo y don Tomás Avendaño, ambos hijos de dos caballeros de Burgos. He aquí el retrato que nos da el gran ingenio complutense de Carriazo: «Trece años o poco más tendría Carriazo, cuando llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle a ello algún mal tratamiento que sus padres le hiciesen, sólo por su gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en parvas como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón como si se acostara entre sábanas de Holanda. Finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache. En tres años que tardó en parecer y volver a su casa, aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las Ventillas de Toledo, y a presa y pinta en pie en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anejo a este género de vida la miseria y la estrechez, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus cosas: a tiro de escopeta, en mil señales, descubría ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas. Visitaba pocas veces las ermitas de Baco, y aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellón y almagre. En fin, en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterre de la picaresca. ¡Oh, pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro! Bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. ¡Allí, allí, está en su centro el trabajo junto con la poltronería! Allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias

por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones. Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van, o envían, muchos padres principales a buscar a sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida como si los llevaran a dar muerte.»

Por esta magistral pintura de la vida picaresca; por el arte con que está urdida la trama de *La Ilustre Fregona*, que tiene por escenario la posada del Sevillano, llamada también de la Sangre, en Toledo, donde se desarrollan los más importantes episodios; por la abundancia y riqueza de frases que contiene, así como por su ingenioso argumento y moral desenlace, es esta novela una de las más celebradas por propios y extraños.

Las últimas novelas que figuran en la edición príncipe, son las del *Casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros*. La primera comienza con la salida del alférez Campuzano del Hospital de la Resurrección que estaba en Valladolid fuera de la Puerta del campo, y es la introducción de la segunda, a nuestro ver, la más ingeniosa (salvo la de *Don Quijote*) de todas las que nos legó Cervantes. Y decimos la más ingeniosa, porque sólo a un genio como él pudo ocurrírsele la peregrina idea de valerse del artificio de hacer hablar como si fuesen personas cultas y de buen discurso, a dos perros guardianes del citado hospital, para pintar y describir con galanura y donaire, todos los vicios, virtudes y milagros de la sociedad de su tiempo, de la presente y de la venidera.

Pinturas al natural trazadas por un gran artista observador es la descripción del matadero de Sevilla donde vió la primera luz el perro Berganza, la silueta de Nicolás el Romo, su amo; las artimañas que usaban los jiferos para sacar la mejor carne para sus cocinas; la que trata de los pastores que en vez de guardar los carneros y ovejas, los degollaban para comérselos y echaban la culpa a los lobos; las graciosas escenas de Berganza en una de las aulas del estudio de la Compañía de Jesús, y la interesante escaramuza que tuvo con la negra que por las noches se refocilaba con un negro; los retratos del teniente, del asistente, del escribano, del doblado, cobarde y taimado alguacil y el de sus corchetes; el del bretón, de la Colindres y de la posadera camera; el del atambor chocarrero y charlatán; el de las brujas la Camacha, la Montiel y la Cañizares con la narración que hace la última de los embustes, embe-

lecos y bellaquerías que empleaban en sus maleficios; la pintoresca e interesante vida de los libres y holgazanes gitanos, con sus hurtos, engaños, tretas y añagazas para cazar incautos; la rapiña y avaricia de la canalla morisca; la pedantería, miseria y pobreza de algunos poetas, de los farisantes, alquimistas, matemáticos y arbitristas; en fin, de la mayor parte, por no decir toda, de los componentes de la sociedad española del final del siglo XVI. Es tal el valor literario de esta novela, que a nuestro entender, repetimos, dejando aparte el inmortal *Quijote*, es la mejor de todas que escribió el príncipe de los ingenios españoles.

Para que los lectores se hagan cargo del gran éxito de las *Novelas ejemplares*, bastará decir que han sido traducidas en diversas lenguas, y publicadas durante los siglos XVII y XVIII, las siguientes ediciones: Madrid, 1613 (edición príncipe), por Juan de la Cuesta; Madrid, 1614, por el mismo Juan de la Cuesta; Pamplona, 1614, por Nic. Acssiayn; Bruselas, 1614, por Roger Velpius y Huberto Antonio; Milán, 1615, por Juan Baptista Bidello; Venecia, 1616 (rara); Madrid, 1617, por Juan de la Cuesta; Lisboa, 1617, por Antonio Alvarez; Pamplona, 1617, por Nic. Acssiayn; Barcelona, 1621, por Esteban Liberós; Madrid, 1622 (rara); Sevilla, 1624, por Francisco Lira; Bruselas, 1625, por Huberto Antonio; Sevilla, 1648, por Pedro Gómez Pastrana; Madrid, 1664, por Julián Paredes; Sevilla, 1664, por Juan Gómez de Blas; Amsterdam, 1705, por Marc Antoine, traducción francesa, primera edición en que figuran láminas; Haya, 1739, por Neaulme; Amberes, 1743, por Bousquet y Compañía. Edición castellana con bellas estampas de Folkema; Amsterdam y Leipzig, 1768, por Arkstée & Merkus. Traducción francesa con láminas. Valencia, 1769, por Salvador Faulí; Kiobenhaun, 1781. Traducción dinamarquesa por Charlota Dorothea Biehl (rara); Madrid, 1784, por Antonio de Sancha; Valencia, 1797, por Salvador Faulí; Madrid, 1799, por Villapando; Königsberg 1801. Traducción alemana por B. Soltau.

Muchas otras ediciones podríamos citar aquí que fueron impresas en el siglo XIX y en el presente, pero basten las citadas para demostrar la buena acogida que han tenido por el riguroso tribunal popular, y que no en balde escribió su autor al principio del capítulo IV del *Viaje del Parnaso*:

«Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.»

JUAN SUÑÉ BENAGES

Una edición del «Quijote» con su texto original

A sí puede calificarse la que acaba de publicar la Editorial Iberia de Barcelona, corregida y anotada por nuestro querido Director de CRÓNICA CERVANTINA, don Juan Suñé Benages. Como reza su portada, va precedida de un prólogo y de una sucinta Vida de Cervantes escrita por tan docto cervantista.

El texto de esta nueva edición del Quijote, difiere bastante del de todas las comentadas y tenidas por correctas, puesto que en él no se lee ninguna palabra que no sea de Cervantes. La primera parte está corregida conforme a los textos de las dos ediciones impresas por Juan de la Cuesta en 1605, y, como aquéllas, la ha dividido el señor Suñé en cuatro partes, acabando la primera al fin del capítulo VIII, la segunda en el XIV, la tercera en el XXVII, y la cuarta comienza en el XXVIII y termina en el LII. Que esta división es necesaria y no debía ser alterada por los editores y comentadores de la mejor joya de la literatura española, lo demuestra el fin del capítulo VIII que dice: «Le halló del modo que se contará en la segunda parte», y el principio del IX que reza: «Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas.» Lo mismo demuestran los finales de los capítulos XIV y XXVII, que leen: «Mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin a la segunda parte.» «Decía lo que se dirá en la cuarta parte de esta narración, que en este punto dió fin a la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.» Para la segunda parte, que lleva el título de *El Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*, que es el mismo que le dió Cervantes, dice el anotador en su prólogo, que sigue a la edición impresa por el mismo Juan de la Cuesta en 1615, única que salió a luz en vida de su autor.

Estos son los textos que se ha valido don Juan Suñé para darnos el Quijote tal y como salió de la festiva pluma del príncipe de los ingenios españoles, o por lo menos, del modo que lo vió impreso, de los cuales suele apartarse cuando es un evidente yerro de imprenta, el cual explica en nota. También señala, comenta y explica, ciertas supresiones y añadiduras que han hecho los correctores en el inmortal texto cervantino por estar mal puntuado; ejemplo de ello son los siguientes

pasajes de la segunda parte. En el capítulo LIV de la edición príncipe se lee: «Hízolo así Sancho, y hablando Ricote a los demás peregrinos, se apartaron a la alameda, que se parecía, bien *desviados* del camino real, arrojaron los bordones, quitáronse las muzetas, o esclavinas, y quedaron en pelota.» La mala puntuación de este pasaje, dió lugar a Pedro Pienda, para decir en la edición Londres de 1738: «Hízolo así Sancho, y hablando Ricote a los demás peregrinos, se apartaron a la alameda que se parecía, bien *desviada* del camino real», con cuya puntuación y enmienda resulta que no son los peregrinos los *desviados* del camino sino la alameda, es decir, al revés de lo que dice Cervantes. Así lo prueba el señor Suñé puntuándolo de este modo: «Hízolo así Sancho, y, hablando Ricote a los demás peregrinos, se apartaron a la alameda que se parecía. Bien *desviados* del camino real, arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas o esclavinas, y quedaron en pelota.»

En el capítulo LIX se lee: «Resolvámonos cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos señor huésped. Dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera.» Esta cláusula que se lee en la edición príncipe, dice en nota el comentador, no fué del gusto del corrector de la impresa en Valencia en 1616, quien enmendó: «Y déjese de discurrimientos, Señor huésped. *A lo que respondió el ventero*», cuya enmienda no satisfizo a Pineda que corrigió en la de Londres del año 1738: «Y déjese de discurrimientos, Señor huésped. Dijo *entonces* el ventero.» Pero ninguna de estas tres lecciones fueron del agrado de la Academia, la cual creyendo que también ella tenía derecho a corregir, arregló la cláusula de esta manera: «Y déjese de discurrimientos. *Señor huésped*, dijo el ventero.» Se ve, pues, que si mal hicieron los correctores anteriores en enmendar lo que no necesitaba enmienda, peor lo hizo la Academia en poner las palabras que dice Sancho en boca del ventero. Todas estas enmiendas, hijas de la mala puntuación de la edición príncipe, desaparecen en la corregida por el señor Suñé, putuando el pasaje de este modo: «—Resolvámonos, cuerpo de mí—dijo Sancho—, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos, señor huésped. Dijo el ventero: —Lo que real y verdaderamente tengo

son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera.»

En el capítulo LX de la edición príncipe se lee: «No tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas, y no vees, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta por donde me doy a entender, que debo de estar cerca de Barcelona, y así era en verdad como él lo había imaginado. Al parecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros, ya en esto amanecía.» Oigamos lo que dice don Juan Suñé al comentar este pasaje: «Tal es la lectura de la primera edición y de todas las antiguas hasta que Pineda tuvo el mal acierto de corregir «*Al amanecer* alzaron los ojos», corrección que aceptó la Academia y con ella casi todos los demás editores, exceptuando Hartzenbusch y Benjumea que corrigieron «*Al primer albor* alzaron los ojos», y Máinez, «*Al parecer el alba* alzaron los ojos.» Que estas enmiendas son un desatino lo demuestran las últimas palabras del pasaje, que dicen: «ya en esto amanecía», y siendo así, ¿por qué enmendar *al amanecer*, *al primer albor* ni *al parecer el alba*, cuyas palabras significan la luz del día antes de salir el sol? Si los correctores hubiesen prestado la debida atención a la lectura del pasaje, habrían visto que son dos personas las que en él hablan: Don Quijote que supone que *debe de estar cerca de Barcelona* y el historiador que robustece su pensamiento con las palabras «*Y así era la verdad, como él lo había imaginado, al parecer.*» Que la obscuridad que se nota en el pasaje es debida a la mala puntuación de Juan de la Cuesta, lo demuestra la manera como se ve puntuado en esta nueva edición: «No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas, que tientas y no vees, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona. Y así era la verdad como él lo había imaginado, al parecer.

«Alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía.»

Otro pasaje que ha llamado nuestra atención, es el siguiente de la página III de la primera parte: «¿Vienes a ver, por ventura, ¡oh fiero basilisco de estas montañas! si con tu presencia vier-

ten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad quitó la vida?, o vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición?, o a ver desde esa altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma?, o a pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino?

Acuciados por esta puntuación hemos preguntado a nuestro querido Director sobre la misma, y nos ha dicho: «Este pasaje está puntuado igual como se ve estampado en la edición príncipe, pero esto no quiere decir que esté conforme con semejante puntuación; tanto es así, que me permití la libertad de abrir la interrogación en *Vienes a ver* y la cerré después del nombre de *Tarquino*. Lo que pasó en esto, fué que el editor, con el laudable fin (que yo se lo agradezco) de ahorrar-me trabajo relacionado con la corrección de pruebas, echó mano de un corrector que cuidase de corregir las faltas tipográficas que suelen hacerse en las imprentas, el cual para consultar ciertas palabras, se le entregó el facsímile de la edición príncipe. Este corrector se fijó en el pasaje que usted me consulta, y vió que en la citada edición estaba puntuado tal como se lee en la por mí corregida, y claro, puso donde yo había puesto coma, interrogante. Menos mal que no quitó la coma que sigue al signo de interrogación. Otro error garrafal, que recuerdo dejó pasar bonitamente, es el *Palmarín de Olivar* de la página 54 de la misma parte, que debe leerse, como se lee en la nota que le acompaña, *Palmerín de Oliva*.»

Esto es lo que nos ha declarado el señor Suñé respecto a nuestra indiscreta pregunta.

Pero donde revela el comentador que conoce como pocos y a estudiado a fondo el *Quijote* y las demás obras de Cervantes, es en las notas, la mayor parte encaminadas a demostrar cuán arbitrarias son algunas correcciones que se han hecho en el texto de la novela sin par. Acaba la meritoria labor de don Juan Suñé Benages, con un índice de todos los refranes, frases proverbiales, aforismos, máximas, libros de caballerías y otro de entretenimiento; novelas, obras dramáticas, nombres de personas y de lugares que se mencionan en ambas partes del *Quijote*, citando los tomos y páginas en que aparecen estampados. Tenemos la seguridad que este trabajo será un poderoso auxiliar para los aficionados a estudios cervánticos y paremiológicos, puesto que podrán discernir, con conocimiento de causa, el refrán, la frase proverbial, el aforismo y la máxima, materias todas tan fáciles de confundir unas con otras.

El editor, por su parte, ha procurado armonizar

en esta edición la belleza con relación a su coste, imprimiéndola sobre excelente papel y adornándola con el retrato de Cervantes y tres facsímiles. Uno, de la partida de bautismo del mismo; otro de su firma, y el último, de un autógrafo suyo. Tanto estos facsímiles, como una lámina de la galera *Marquesa*, sobre la cual peleó el más grande de nuestros ingenios en Lepanto, y la que representa el Baño real de Argel, donde estuvo cautivo por espacio de más de cinco años, van colocadas en la Vida de Cervantes. Además de los mencionados grabados, va adornada esta bella

edición, con 32 láminas reproducidas de las que figuran en la de la Academia Española de 1870.

Felicitemos con todo entusiasmo a nuestro querido Director, por haber reconstituido el venerado texto cervantino, tal como salió de la inimitable festiva pluma de su inmortal autor, y al editor don Joaquín Gil, por el buen gusto que ha tenido en saber vestir tan artísticamente esta nueva edición. Este calificativo merecen las láminas como las cubiertas en relieves con que va encuadernada.

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA



La Cumbre

A Jorge Miranda.

Llegar quiero a la cumbre. Cuán abrupto el camino,
empinada la cuesta, fatigoso el subir;
tal es árida y ruda la ruta que el Destino
señala para muchos; ¡el penar, el sufrir!

¿Qué me espera en la cima? Los nuevos horizontes
como nuevos anhelos que se ansía alcanzar;
¡yo quiero ver más valles!, ¡yo quiero ver más
montes!
y, allá, en la lejanía, ¡yo quiero ver el mar!

Y bajo la azul comba por las nubes cruzada
asciendo sudoroso, anhelando correr
para llegar más pronto hasta la meta ansiada
y para ver más pronto cuanto apetezco ver.

No logro más que el paso vacilante, inseguro,
a que obligan las peñas, a que obliga el temor
de dar alguno en falso y caer en el duro
castigo de Sísifo, terrible, abrumador.

¡Ariba con mi carga! ¡La carga de mis penas!
No han de faltarme bríos, no ha de faltarme fe,
apuraré la fuerza de mis hinchadas venas,
a mi viejo esqueleto su pedestal daré.

En vano es que me cierren la senda los abrojos,
en vano que se opongan a mi anhelante afán;
si mi cuerpo ensangrientan al fin verán mis ojos
los nuevos horizontes que esperándome están.

Las páginas, recuerdo de nuestra humana historia;
Alejandros y Césares, el gran Napoleón;
sus frentes coronadas de inmarcesible gloria
debida a su firmeza, debida a su tesón.

¡Mas heme ya en la cumbre! ¡Ya el mar en
lejanía!

¡Los anchos horizontes en línea circular
que abarca mi mirada! La inmensa selva umbría,
los montes, caseríos, el valle, el encinar!

¡Señor!, caigo de hinojos y mi oración levanto,
que estoy en esta cima ya más cerca de Ti.
Que mis preces traspasen ese cerúleo manto
por el sol recamado de oro y carmesí.

¡Allá la tierra llana! ¡Con cuánto horror la miro!
Pero es ineludible hacia ella volver.

Aires de paz y calma que en la cumbre respiro
es preciso que os deje, es fuerza... ¡descender!

Peldaño tras peldaño me iré en el fondo hundiendo;
otra vez al tormento, otra vez a luchar;
sólo aspiro al consuelo de esta cumbre estar viendo
allá, lejos, muy alta... ¡y mi hora esperar!

ERNESTO JAUMEANDREU OPISSO

Poesía recitada por su autor en la velada literaria que los «Admiradores de Cervantes» celebraron el 23 de Abril de 1932 para conmemorar la muerte de Miguel de Cervantes.

Ante el aniversario de la muerte de Cervantes

(Soneto con estrambote.)

¡Nos legó un tesoro!

Al borde casi del sepulcro mismo
mi senectud, con pasos vacilantes,
ansiosa de tu luz, sin par Cervantes,
quisiera hundir por siempre el egoísmo.
Demente y cuerdo, tras del idealismo,
capaz me siento de vencer gigantes
al brillo de tus frases deslumbrantes
que alcanzan de alto cielo al mar abismo.
Cautivo, manco, viejo, triste, humillas
a tus Mecenas, ¡ilusión postrera!
La lanza de Quijote hiciste astillas
y encendiste en el Arte eterna hoguera
do surgió un Ave Fénix. ¡Maravillas
Quijote y Sancho en ideal carrera!
Y tu maga hechicera,
gime clamando: «Con su sol de oro,
si pobre sucumbió, ¡dejó un tesoro!»

AURELIO BÁIG BAÑOS

Tetuán de las Victorias, Madrid, 23-4-1932.



¿Cervantes murió el mismo día que Shakespeare?

Si nos atenemos al calendario no reformado, la muerte del gran dramaturgo inglés, ocurrida el 23 de Abril de 1616, es la fecha en que murió el príncipe de los ingenios españoles, pero no el mismo día. Sobre tales fallecimientos no estará por demás copiar aquí, una carta que el distinguido abogado, D. Clemente Viscarri Torres, de esta capital, ha dirigido a nuestro estimado Director, en la que aclara tan importante asunto.

Barcelona, 9 de Mayo de 1932.

Sr. D. Juan Suñé.

Muy distinguido amigo: Por creer que es de suma importancia, me atrevo a molestar su fina atención con los datos que un periódico literario ha insertado sobre la fecha del fallecimiento de las grandes figuras de Cervantes y Shakespeare, que se celebran el mismo día.

Tanto el uno como el otro fallecieron el 23 de Abril de 1616. Pero si es verdad que desaparecieron del mundo de los vivos en la misma fecha, no quiere decir esto, ni mucho menos, que muriesen el mismo día por los motivos siguientes: El viejo calendario establecido

por Julio César, fué reformado por el Papa Gregorio XIII, que decidió que el siguiente día del 5 de Octubre de 1582 no sería el día 6, sino el 16, suprimiendo así diez días. Promulgada que fué esta reforma, que puso fin a un desacuerdo que sufría la Humanidad desde muchísimos años, fué adoptada por todos los países católicos. Los protestantes vacilaron mucho antes de decidirse. Inglaterra, por ejemplo, tardó cerca de dos siglos antes de aceptar tal modificación, puesto que no admitió la reforma hasta 1752. Rusia aun se rige por el antiguo calendario de Julio César.

De ello resulta que cuando Shakespeare falleció en 23 de Abril de 1616, norma inglesa y calendario de Julio César, hacía diez días que Cervantes había dejado este valle de lágrimas.

Perdóneme si lo que antecede no le enseña nada, mas para demostrarle que usted infiltró en mí el estudio de cuanto al príncipe de los ingenios se refiere, he creído conveniente copiarle estas notas.

Mande cuanto guste a su devoto amigo y admirador,

CLEMENTE VISCARRI TORRES

Rodríguez Marín, anotador del «Quijote»

CON este título, acaba de publicar el erudito cervantista don Aurelio Báig Baños, un interesante y bien escrito folleto, que por su tamaño (en 4.º, de 97 páginas) y por las materias que contiene es digno de figurar en las más notables bibliotecas cervantinas. Dichas materias son: Proemio (pág. 5). Desglosamiento (pág. 6). Cómo debemos considerar el cervantismo a la moderna y diferenciarlo del de antaño (pág. 6). Reúne en sí excepcionales cualidades el señor Rodríguez Marín (pág. 8). Qué cargos le han asestado al señor Rodríguez Marín y cómo los ha rebatido (pág. 10). ¿Qué fin ha perseguido todo este conglomerado asombroso? (pág. 10). Modalidades de la tercera edición (pág. 11). Algunas variantes y notas nuevas del tomo primero (pág. 11). Algunas variantes y notas nuevas del tomo segundo (pág. 14). Algunas variantes y notas nuevas del tomo tercero (pág. 18). Algunas variantes y notas nuevas del tomo cuarto (pág. 21). Algunas variantes y notas nuevas del tomo quinto (pág. 24). Algunas variantes y notas nuevas del tomo sexto (pág. 27). Cuatro palabras sobre el tomo siete (pág. 33). Varias curiosidades de las anotaciones antiguas (pág. 38). Más curiosidades (pág. 41). Terminan las curiosidades (pág. 42). Ligero resumen y semblanza cervantista del anotador (pág. 43). Notas (pág. 47), y Acontecimiento cervantino en la página 58.

Estas son las materias que encierra el folleto del docto cervantista don Aurelio Báig Baños, todas ellas encaminadas a demostrar que nadie como don Francisco Rodríguez Marín, ha sabido anotar el *Quijote* y purificar su texto de las supresiones y añadiduras que al través del tiempo ha sufrido.

No seré yo quien diga lo contrario del modo de pensar del autor del citado folleto respecto la labor cervántica del señor Rodríguez Marín, pero si me permito salir a la defensa de un benemérito cervantista que ha más de veinte años desapareció del mundo de los vivos. Me refiero a Cortejón, quien junto con Clemenín, dió materia abundosa al comentador andaluz para sus anotaciones. Digo esto, por la siguiente nota que del mismo copia el señor Báig Baños en la página 21 de su folleto, la cual dice: «*Acomodado*, por bueno de contentar, que fácilmente se acomoda, acepción que falta en el léxico de la Academia, y que, contra lo que imaginaba Cortejón, nada tiene que

ver con *rico* ni *desahogado* en cuanto a bienes de fortuna.»

Como tengo la certeza que muchos de los lectores ignorarán cuál es el verdadero significado de *acomodado*, si es el que le da Cortejón o el que defiende Rodríguez Marín, se copia aquí la cláusula del capítulo primero de la segunda parte del *Quijote* donde se lee dicho vocablo: «¿*Quien más acomodado y manual que Tirante el Blanco?*»

Cervantes, que conocía bien el catalán, y que con seguridad leyó *Tirante el Blanco* en su lengua original, estuvo muy acertado al decir que tan famoso caballero era muy *acomodado*, porque no hay duda que lo es quien deja en su testamento, como dejó Tirante el Blanco, «*cent milia ducats* que sien distribuits a coneguda voluntat del dits meus marmessors... e man que de mons bens sien donats a casqu de mon linatge quis trobaren presents en lo meu obit *cent milia ducats*. E mes leix a cascu de mos criats e servidors de casa mia *cinquanta milia ducats*».

Que Cortejón estuvo feliz al decir que el *acomodado* de la citada cláusula significa *rico*, *abundante de medios*, cuyo significado se lee también en el Diccionario de la Academia Española, lo demuestran las palabras catalanas que se acaban de copiar, las cuales se traducen al castellano para que sean entendidas por el señor Rodríguez Marín: «*Cien mil ducados* para que sean distribuidos a conocida voluntad de los dichos mis albaceas... Y mando que de mis bienes sean donados a cada uno de mi linaje que estuvieren presentes en mi óbito, *cien mil ducados*. Y más, lego a cada uno de mis criados y servidores de mi casa, *cincuenta mil ducados*.»

Como se ve, Cervantes aplicó el vocablo *acomodado* a Tirante el Blanco, en el significado de *rico*, por las muchas riquezas que poseía.

Acaba el folleto de don Aurelio Báig Baños, con la reproducción de un interesante artículo suyo insertado en «El Liberal» de Madrid del día 23 de Enero de 1931, en el que hace un merecido elogio de los méritos de don Narciso Alonso Cortés, insigne literato, maestro en bien decir, docto cervantista y sabio catedrático. Como el mencionado artículo es un espontáneo y explícito llamamiento a los cervantistas y a todos los amantes de las letras patrias con el meritorio fin de rendirle un homenaje por su laboriosidad en la cátedra y en el

cultivo de las letras, y pedir a nuestro gobierno se digne conferirle una distinción para premiar sus méritos, los «Admiradores de Cervantes», constituidos en sociedad para propagar las letras y enaltecer a los grandes escritores, deseosos de poder contribuir a tan justa petición de nuestro consocio el señor Báig Baños, hacen un llamamiento a to-

dos los intelectuales españoles y americanos, para que manden sus adhesiones al director de CRÓNICA CERVANTINA, a fin de que sea un hecho por parte del gobierno y de los escritores, el honroso homenaje al infatigable literato don Narciso Alonso Cortés.

EL BACHILLER PEZUÑA



Cervantes y Barcelona

EL celebrarse hoy la fiesta del libro en toda España, que trae aparejada la fecha memorable de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, acaecida el 23 de abril de 1616, ocioso es recordar que el libro hasta mediados del siglo XV fué exclusivo patrimonio de holgadas comunidades, de príncipes y de ricos personajes, hasta que dejó de ser tributario de las clases privilegiadas para pasar a manos del soberano pueblo, o sea de toda la humanidad. ¿Y a quién se debe tan portentoso milagro? Al genio industrioso de Gutenberg, que en 1450, valiéndose de los tipos movibles por él inventados, imprimió la *Biblia*, cuyo invento fué como árbol (y valga la paradoja) plantado en fecunda y fructífera tierra, que dió frutos más valiosos que las manzanas de oro que daban los manzanos del famoso y codiciado jardín de las Hespérides, tan decantado por los poetas. Glorifiquemos, pues, en este memorable día, a quien aportó al arte de imprimir tanpreciado como útil elemento para difundir y propagar el cultural libro, cable que transmite a las generaciones las benéficas corrientes de las ciencias, las letras, las artes y la industria. Gracias a tan genial invento, podemos hoy admirar la elocuencia de Demóstenes y de Cicerón, la filosofía de Platón y Aristóteles, la epopeya en los grandes poemas de la *Ilíada* y *Odisea*, de Homero, y en la *Eneida*, de Virgilio; la tragedia en Esquilo, Sófocles y Eurípides; la historia en Zurita y en Juan de Mariana; la mística simbolizada por Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, y la fluida y armoniosa prosa de nuestros clásicos.

Repitémoslo: sin el ingenioso invento de Gutenberg no podríamos admirar hoy las grandes obras maestras de nuestros antepasados, ni celebrar la simpática y cultural fiesta del libro, ni con-

memorar el aniversario de la muerte de quien, andando el tiempo, ha merecido ser llamado rey de la lengua castellana, príncipe del humorismo, de la belleza, de la gala y del donaire. Nos referimos a Cervantes, al inmortal autor de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, de esa sin par y festiva novela que por antonomasia suelen llamarla la *Biblia del buen humor*, cuya lectura, remedando lo que se lee en su prólogo, al melancólico mueve a risa, al risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de su invención, el grave no la desprecia, ni el prudente deja de alabarla. Con esta maravillosa producción, mina inagotable de bellezas, de frases, refranes, locuciones y modismos caballerescos, unida con *La Galatea*, *Las dos Doncellas* y el *Perisiles* y *Sigismunda*, ha llevado, con sus hermosos elogios, el nombre de la ínclita, laboriosa y culta Barcelona a los más recónditos y apartados rincones del mundo.

¿Cuáles debieron ser los motivos que movieron al gran ingenio alcalareño a escribir tan bellos elogios en las citadas obras? Fueron las amistades que pudo captarse la vez primera que estuvo en ella cuando pasó a Italia a principios del año 1569, o fué el haber militado debajo las vencedoras banderas de Marco Antonio Colonna, en el tercio de don Ramón de Moncada, compuesto de catalanes, como lo eran también muchos de los valerosos soldados y marineros que combatieron en la gloriosa batalla naval de Lepanto, y en la famosa jornada de la toma de La Goleta, o bien el trato que tuvo con ellos en su largo cautiverio en Argel?

No hay duda que los elogios dedicados por Cervantes a Barcelona fueron sugeridos por el trato que tuvo con los catalanes en la campaña de Italia y durante su cautiverio, en «donde aprendió

a tener paciencia en las adversidades» y a conocer el carácter catalán. Téngase por seguro que las amistades que adquirió el regocijo de las Musas en el tiempo que estuvo a Italia y cautivo en Argel con los catalanes, puesto que fué desde los primeros meses del año 1569 hasta la última decena de septiembre de 1580 que salió con libertad de su cautiverio, fueron los motivos que le acuciaron a volver a Barcelona en el último tercio de 1606. ¿Qué fundamento hay para creerlo así, se preguntará? El hecho indubitable de que conoció y trató al famoso Perot Roca Guinarda, caudillo entonces del bando de los nyerros, que nació en Oristá el 18 de diciembre de 1582, y que por aquel tiempo, su edad no pasaba de los veinticuatro años, cuya edad, al parecer, está en pugna con la que dice Cervantes en el capítulo LX de la reina de las novelas que tenía el caudillo de los nyerros cuando se encontró con don Quijote, afirmando que mostraba «ser de edad de treinta y cuatro años». Esta, que parece contradicción entre ambas edades no existe, puesto que nos referimos al año 1606 y el novelista parte del supuesto que el encuentro de los tales fué hacia más de la mitad de 1615, época en que escribía el citado capítulo.

Otro de los datos que demuestra que Cervantes vino por segunda vez a Barcelona, es la novela *Las dos Doncellas*, donde cuenta, con mucha pericia geográfica, el itinerario que siguieron don Rafael, su hermana, Calvete y Leocadia para ir a la capital de Cataluña, diciendo: «Con esto se dieron prisa a caminar sin perder jornada, y sin acaecerles desmán o impedimento alguno, llegaron a dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada... Ensilló Calvete, y a las ocho del día partieron para Barcelona, sin querer subir por entonces al famoso Monasterio de Monserate, dejándolo para cuando Dios fuese servido de volverlos con más sosiego a su patria... Con todo eso no se descuidaron de darse prisa, de modo que llegaron a Barcelona poco antes que el sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.»

Este hermoso elogio, y la pintura que hace de don Sancho de Cardona, casado con una principal señora del linaje de los Granollegues, son datos

demostrativos de que Cervantes conocía a la ciudad de los Condes y a sus moradores.

Que el rey de los novelistas españoles no perdía ocasión de manifestar su amor y reconocimiento a Barcelona y a la hidalguía catalana, lo demuestra el hecho de haber llevado a la bella y culta capital de Cataluña, a los héroes de su inmortal novela y el convertirla en escenario para desarrollar los más interesantes episodios que se leen en su maravillosa fábula. ¿Cuáles fueron los motivos de todo esto? ¿Por qué el vencimiento de don Quijote por el Caballero de la Blanca Luna ocurre en la playa de Barcelona en vez de ocurrir en la meseta de Castilla o bien en los campos de la Mancha? Para demostrar el agradecimiento hacia los hidalgos habitantes de la industriosa Barcelona por el buen tratamiento que le dieron durante el tiempo que residió en ella; y por la misma causa y razón, como en la novela *Las dos Doncellas*, le volvió a dedicar, allá en el capítulo LXXII, este bellísimo elogio: «Y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto.»

Que al regocijo de las Musas no le guió otro móvil al mandar a Barcelona el más preciado fruto de su privilegiado ingenio que rendirle el más grande homenaje para perpetuar el recuerdo de su estancia en ella, lo demuestran los dos elogios que se han copiado, y esotro que se lee al fin del capítulo XII del libro III de *Persiles y Sigismunda*: «Los cortesanos catalanes, gente enojada, terrible y pacífica, suave; gente que, con facilidad da la vida por su honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo.»

Hase de confesar que con estos elogios y otras alabanzas que le dedicó Cervantes en sus inimitables obras, ha llevado su preclaro nombre a las más apartadas regiones del mundo. Y ¿qué ha hecho Barcelona para pagar la deuda de gratitud contraída con el más grande de nuestros ingenios por haberla ensalzado tanto? Poco, tan poco, que sólo recuerda su nombre una modesta calle de su interior. Este es el único recuerdo que los ediles que han estado al frente de nuestra querida y muy noble ciudad por espacio de más de tres siglos, han dedicado a quien supo elogiarla tanto en sus inmortales producciones; recuerdo pobre

y mezquino comparable sólo al que se rinde a ciertos señores favorecidos por la loca fortuna, o bien a algunos políticos traviesos y osados, cuyos nombres, para que pasen a la posteridad, suelen dar a nuestras vías y calles, cosa muy hacendera por poco dinero, porque sólo cuesta lo que vale el rotular su nombre sobre un trozo de mármol y colocarle en la esquina que se quiere.

¡Triste es decirlo! Con dar el nombre de Cervantes a una modestísima calle corta y poco transitada, Barcelona no ha saldado la cuenta que debe, por haberla elogiado tanto en sus obras, al glorioso Manco de Lepanto, genio que no pertenece a Castilla, ni a la Mancha, ni a otra región española, sino a todos los reinos y pueblos que forman la Humanidad. Porque con su privilegiado y raro ingenio, valiéndose de su maravillosa y festiva pluma, supo legarla con sus inimitables producciones, sobre todo con su sin par *Quijote*, una mina inagotable de pasatiempo donde brota un rico manantial de palabras usadas con tanta oportunidad, gracia, donaire y gala, que no parece sino que las Musas y las Gracias le ayudaron a tejer tan hermosa como variada tela. Por los méritos que tiene la más portentosa creación que ha creado el humano ingenio, y por los sinceros y no interesados elogios que hace de Barcelona y de los catalanes, merece el mago de la belleza y en estilo único, se le levante en uno de los sitios más

importantes y frecuentados de nuestra hermosa ciudad, un grandioso monumento, en el cual, en letras de oro, podrían figurar, puesto que son dignos de entallarse en bronce y esculpirse en mármoles para memoria de las futuras gentes, los hermosos elogios y bellas alabanzas que le dedicó en sus obras hoy cosmopolitas.

Bien se nos alcanza que esto es pedir mucho en los calamitosos tiempos que corremos, cosa que deploramos sinceramente, pero tenemos la seguridad que cuando ellos mejoren, Barcelona levantará a Cervantes un monumento tan grandioso como su fama para poder ser admirado tanto de sus moradores como de los forasteros que frecuentemente la visitan. Y si así no fuese, cosa que puede ocurrir al paso que vamos, no nos queda otro camino a los que somos verdaderos cervantistas y amantes de la literatura clásica, que consolarnos en tener en nuestras librerías a la reina de las novelas, porque estamos seguros que adonde haya un ejemplar del *Don Quijote* allí tendrá su inmortal autor un monumento.

JUAN SUÑÉ BENAGES

Trabajo leído en la velada literaria que los "Admiradores de Cervantes" celebraron el 23 de abril de 1932 para conmemorar la muerte de Miguel de Cervantes.



LIBRERÍA DUBÁ

LIBROS DE TEXTO

*Compra y venta
de toda clase
de libros na-
cionales y
extranjeros*

Aribau, 17 - Tel. 31.659
BARCELONA

*Extenso surtido
en Literatura,
Arte, Medicina,
Derecho,
Música, etc.*

El pensamiento de Cervantes en la filosofía pacifista

CON entusiasmo renovado por la expresión del vuestro en actos inolvidables, y con la fe que prestan las altas enseñanzas del maestro, vuelvo hoy, fecha nunca olvidada tampoco, a rendir culto al genio de Cervantes, esta vez con la esperanza de que el eco de la palabra volandera deje algo más que el grato recuerdo de la fiesta. Voy a hablaros del problema de la paz, inspirándome en la sinceridad del pensamiento de un soldado, que así en la guerra manejó la espada como después la pluma. Para ello habré de establecer un parangón entre él y la filosofía de los científicos, tan ligero como permite este breve comentario. Aspiro a que os llevéis la convicción de que el ideal de la paz debe anteponerse a cualquier otro; y si pensáis en la pequeñez de quien os lo dice, os recordaré el pensamiento de Bourgeois: «La vibración del más pequeño átomo, comunicando su movimiento al átomo vecino, repercute en el infinito.»

Trataré de justificar el tema: Yo os digo que la primera manifestación de la cultura es la paz, el firme propósito de no perturbarla; y puesto que pretendemos hacer labor cultural, debemos comenzar por los cimientos: esto es, la renovación de la conciencia universal en oposición a la guerra. Nada se logrará con la indiferencia de la gran masa de opinión: porque, como dijo muy acertadamente Cervantes, «si el ciego guía al ciego ambos van a peligro de caer en el hoyo».

¿Cómo, sin embargo, constituir una fuerza eficiente? Nuestros medios no bastan: por muy profundo que fuera el argumento, apenas si lograríamos retener la atención un instante. Es preciso que hablen los genios; los que en sus palabras pusieron el sello de la sabiduría; los que consagró el tiempo; los que, en fin, colocaron su único patrimonio, la pluma, «lengua del alma», al servicio del ideal. He aquí nuestra misión por el momento: sacudir el polvo de los máspreciados in-folios de la biblioteca, extraer el pensamiento y ponerlo en actividad para que siga dando frutos.

Cierto que esta noble aspiración a la paz, en la época de Cervantes ya ocupó el pensamiento de eminentes tratadistas de derecho, los cuales, no pudiendo ir más allá, reconocieron la legitimidad de la guerra justa como mal necesario. Sólo los poetas, con refinada sensibilidad de artistas, supieron ver toda la grandeza que la paz encierra. Pocos, por desgracia; pero entre ellos el Príncipe

de los Ingenios, el insigne manco de Lepanto, pensador más que soldado, pero vencedor siempre, en grandioso contraste.

Reinaba entonces un desenfrenado ardimiento guerrero: las luchas del Imperio en Francia, en Italia, en Flandes y en América habían forjado la leyenda heroica de la raza, y era inútil buscar otro ideal: se divinizaba el honor y se esperaba arma al brazo. Con esto quiero haceros vivir un instante el ambiente de esa época para que resulte más destacada la figura de Cervantes: es decir, cómo pensaba él y cómo pensaban los demás; y también presentaros de la mejor manera que sepa el lado práctico de su moral, la verdad innegable, lo permanente, cuando de las viejas teorías filosóficas apenas si resta nada en pie. Permitidme aquí una digresión necesaria.

..

Desde los tiempos en que Platón explicaba sus lecciones en el jardín de Atenas, el concepto de lo bueno, lo bello y lo verdadero no ha dejado de interesar a ningún filósofo, figurando como elemento especulativo indispensable de las lucubraciones generalmente faltas de fondo. Esta unanimidad, que en forma varia pretende dar la idea de la moral absoluta, es natural si se considera que en la actividad espiritual de los hombres superiores las cualidades de inteligencia, sentimiento y voluntad son las más destacadas, desde el momento en que aspiran a investigar la verdad (ciencia), a conseguir la belleza (arte) y a realizar el bien (moral).

Pero de esa filosofía que los griegos tuvieron por ciencia única queda bien poca cosa: en sucesivas etapas fueron disgregándose sus elementos más valiosos, todos ellos con fuerza arrolladora y gesto despectivo, como si no hubiesen querido contribuir a una ficción. La Filosofía propiamente dicha, circunscrita a una ciencia psicológica, siguió y sigue vegetando en un mar de confusiones. ¿Cuál es su objeto? Acaso buscar las leyes de una Moral universal; pero es inútil: aunque los filósofos intenten demostrarnos la existencia de una Moral absoluta y tengamos la convicción de que debe existir, el caso es que en la realidad es como si no existiese; ya hemos visto los resultados. Los que cumplen las leyes de esa Moral son víctimas de los que no la reconocen; la inconsciencia si-

que imperando al amparo de los procedimientos destructivos científicos unidos a su causa, y los sacrificios humanos se multiplican en nombre del derecho de la fuerza.

Si el fin de la Filosofía es llevar a la Humanidad al perfeccionamiento moral y material por el conocimiento de las cosas, el cuadro que presenta (ambiciones, odio, guerra) pregona su fracaso y nos dice que el hombre no ha asimilado una palabra de las teorías filosóficas. Lamentable es que ello haya podido ser por falta de una dirección definida de la Filosofía en este sentido, sugestionada ante el avance de la Ciencia y del Arte. Al beneficio reportado al progreso de cien montañas pulverizadas por la dinamita podemos oponer la acusación de millones de víctimas. No valía la pena de haberla inventado. Y ¿qué se propone un pintor al trasladar al lienzo la visión de un campo de batalla? Indudablemente crear una obra de arte; y ante un cuerpo destrozado seguiremos creyendo que el artista se excedió a sí mismo en la interpretación; pero ¿dónde está la belleza? ¿dónde la moral? En todo caso, salvando la armonía del color, ése será un arte negativo si por un momento consideramos la realidad de lo que representa.

Este desplazamiento de la ciencia y del arte hacia otros fines no propios tiene la justificación en el hecho de marchar de acuerdo con la moral imperante; pero la filosofía, temerosa de enfrentarse con la realidad, apenas ha enunciado tímidamente los principios de la moral verdadera, olvidando el fin práctico. Una sola frase, que podría ser: «La guerra no tiene justificación posible», elevada a verdad innegable por el razonamiento, habría abierto más inteligencias a la comprensión de la verdad, bondad y belleza que en muchos siglos lograron los científicos. Se nos habló largamente del deber, de la buena voluntad, de la razón y de la moral como finalidad de la vida. Pero el hombre seguirá siendo enemigo del hombre mientras esos tópicos no adquieran estado en la conciencia universal por medio de una educación que niegue el derecho a la supremacía de un pueblo sobre otro.

La guerra, con sus múltiples motivos y pretextos, es fruto de la fiebre de obrar y pensar mal, por el mal mismo; y así la cultura sirve de poco; la palabra Humanidad es un mito; los tratados, papeles mojados; las sociedades pacifistas, una ficción; el derecho, un sarcasmo; el honor nacional, un pretexto; el odio y la ambición, la verdadera causa; la ley del más fuerte, la verdadera ley.

Sigan los genios su marcha hasta tropezar con la barrera infranqueable de lo absoluto; pero cambien el rumbo los que crean que la Humanidad tiene otros fines más inmediatos que cumplir, y trabajen por la paz creando la verdadera filosofía de la paz, aquella que entrevió Cervantes, sin otra base ni principio que orden, armonía y justicia, pues de ahí han de nacer las bienandanzas futuras; pero de tal forma que la conciencia, el imperio de la conciencia que resumió Kant, no pueda dormirse nuevamente. Sólo así podremos ver lo bueno, lo bello y lo verdadero de la vida.

..

El pensamiento de Cervantes está por encima de la palabra, y el espíritu que le da vida queda flotando igualmente sobre su obra. «¡Oh, envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes!», dijo, señalando el origen de toda sinrazón. Al proclamar las leyes de la guerra, reduciéndola a acto de legítima defensa, cantó a un tiempo las bellezas de la paz; para él la causa de la guerra ha de estar muy justificada: porque «tomar las armas por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso».

En su ferviente anhelo llega al misticismo, invocando la palabra divina: «Dios bendijo la paz y maldijo las riñas»; pero es más admirable el fondo moral que hace destacar sobre la misión de las armas, con la sinceridad de quien como él conoció los estragos de la lucha, y precisamente como sentida convicción de un caballero de armas, don Quijote: «Las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día cuando cantaron en los aires: gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

«Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra.»

Más adelante, también por medio de don Quijote, alude a la ciencia destructiva al servicio de la guerra: «Bien hayan aquellos beditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención.»

Aquí habló por dolorosa experiencia; mas ¿qué hubiera dicho del progreso actual, no ya de la

artillería, sino de la ciencia de matar con pulcritud por oleadas deletéreas?

No glosaré más pensamientos y terminaré con éstos:

«Menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella.»

«No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido.»

Cabe preguntar ahora: ¿cuál es la posición de Cervantes al lado de la filosofía científica? Si «los pensamientos valen principalmente por los actos que ellos determinan», es evidente que la superó en cuanto fué parte a la expansión de un nuevo espíritu pacifista; pero si me pedís que os muestre su teoría diré que sólo la hallaréis en su alma de poeta, que está en todas partes prestando su luz a la filosofía de la realidad ideal, única que él comprendió, resumida en esta frase: «El poeta puede cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser».

Como buen soldado no dejó de luchar en pos de esa realidad que tan esquiva fué, con las armas de su ingenio, con sus ideas grandiosas, y venció al fin en la más dura batalla: Don Quijote, como símbolo de paz y de justicia, como expresión del bien, equivale a la mejor teoría filosófica. Cervantes, como precursor de la paz, se adelantó a su tiempo.

La virtualidad de la fuerza de pensamiento llegada hasta nosotros no alcanza sólo los conceptos extractados ni se detiene en lo accidental. Está en la obra toda, en espíritu, en armonía esencial,

resistiendo a las mudanzas del tiempo como verdad de ayer, de hoy y de la eternidad, de cuyas leyes toma sus principios.

Para terminar, no dejaré de señalar el admirable esfuerzo que en pro de la paz ha realizado la mujer, el más ferviente, como nacido de su amor de madre. Para ella también nuestro homenaje.

♦♦

En la calma aparente del momento, cuando las armas duermen bajo las negras sombras de la Historia, despertemos nosotros y señalemos al mundo su deber: que la guerra más es barbarie que derecho; que la ciencia más es necesaria en los surcos del Progreso que en los campos de batalla; que la razón de la fuerza más es locura que razón. Y no recordemos la trágica visión de muerte pasada; porque en lo humano y en lo espiritual nadie sería capaz de medir lo que quedó enterrado: ensueños, ilusiones, esperanzas, afectos del alma, todo; contemplemos, sin embargo, la gigantesca ruina material, y decidme si el bello ideal de la paz no debe anteponerse a todo otro ideal.

ANTONIO MALDONADO RUIZ

Trabajo leído en la velada literaria que los "Admiradores de Cervantes" celebraron el 23 de abril de 1932 para conmemorar la muerte de Miguel de Cervantes.



Compra - venda de llibres antics i moderns

LLIBRERIA BALAGUÉ

Palla, 13 i 15 - Teléfono 25462

BARCELONA

Cervantes, liberal

Señoras, Señores :

Todos sabréis, sin duda, cómo definen los diccionarios la palabra liberal; sabréis, además, el sentido de este vocablo en su recta acepción: nadie debe ignorar que Cervantes fué liberalísimo. A pesar de ello, hoy, con motivo de esta velada en honor suyo, quiero poner de relieve su liberalidad, basándome en la razón que me asiste, ya que injustamente muchos escritores han tratado de presentarnos un Cervantes desconocido, o, mejor dicho, nos lo han presentado en la forma que les ha convenido sin tener en cuenta su verdadero sentimiento, profanando su nombre con arbitrarias interpretaciones. Así los jesuitas se lo hacen suyo. Los fingidos patriotas del antiguo régimen y aun los del presente, se escudan en él y en sus obras para hablar de un patriotismo que no sienten. Así muchos hablando de sus obras sin haberlas leído más que ligeramente. Más del cincuenta por ciento de los españoles desconocen en absoluto las obras que escribiera el insigne alcalareño. Y la mayoría de los que se titulan cervantistas, no han hecho más que hablar de sus obras citando capítulos y capítulos de ellas y haciendo sencillamente una obra mecánica de lo que es por excelencia ideal, idealismo y liberalidad pura, sin que sepan interpretar nunca el verdadero sentido de ellas, el objeto y finalidad con que las escribiera el complutense insigne.

Como el tema de este trabajo es para hablar de Cervantes y su liberalismo, debo decir, abusando si se quiere de él, que todas las interpretaciones que en sentido contrario puedan adjudicársele, son absolutamente falsas e hijas del poco estudio de sus obras: Cervantes, figura preeminentísima, genio sin par, es en nuestro país, al mismo tiempo, el más grande caballero de nuestra raza: el que sabe y puede derrochar hidalguía, honradez y liberalidad.

Son incontables los españoles que no han sabido interpretar nunca la hidalguía, la honradez y la liberalidad de Cervantes, a pesar de que a cada instante han venido pregonando su nombre, que, como decimos anteriormente, sirve en la mayor parte de las ocasiones para que lo exploten los logreros y los truhanes, aunque algunos, muchas veces, estén o se presenten disfrazados de panegiristas suyos. No parece, sino, que después de transcurridos más de tres siglos de su muerte, qui-

sieran vengarse aún de él los descendientes de los malandrines y follones con quienes contendió con tesón, arrojamiento y cordura.

Por no hacer un trabajo excesivamente extenso e impropio de estos actos, habré de atenerme, para demostración de lo que me propongo, al *Quijote*, y aun muy ligeramente, porque casos tantos que demuestren la liberalidad de su autor podemos hallar en esta obra, que pudieran escribirse muchos libros con ellos.

Escribir el *Quijote*, en la época que lo escribió Cervantes, en aquella época de ignominiosa tiranía y demostrada incultura como fué la del reinado de Felipe II, es algo en sí, es lo suficiente, mejor dicho, para poner de manifiesto su temperamento y sus rebeldías a todas las arbitrariedades e injusticias de aquellos tiempos.

La inquisición, la *Santa Inquisición*, le acecha. Su temperamento no puede sujetarse, no puede supeditarse ante tanta arbitrariedad e injusticia. Su carácter quiere rebelarse, quiere dar a conocer al mundo como desahogo suya la idiotez y la maldad de los que rigen los destinos del país que ama tanto. Herido en sus sentimientos por tales conceptos, quiere hablar del rey perverso, dominado por la ola negra que es dueña de España. Quiere poner de relieve sus hazañas crueles, sus infames arbitrariedades. Quiere burlarse de los gobernantes que contribuyen con sus aberraciones a fomentar la incultura del país, que no sabe otra cosa que padecer sumiso, entre acobardado y hambriento, todas las arbitrariedades e injusticias conocidas. Es quizá el único patriota que lamenta la situación deplorable del país y que ansía y se esfuerza por la redención de su patria. Pero no puede atreverse a decir lo que siente: decirlo sería tanto como sentenciarse él mismo a muerte.

Y escribe su obra cumbre. Y para burlar en parte el castigo (en parte digo, porque grande fué el de vivir sin atención ni consideración de las gentes poderosas y morir pobre y abandonado), se vale de la locura del héroe de esta obra, de Alonso Quijano el Bueno, que abandona su familia y su hacienda para luchar por la libertad y por la justicia.

Valiéndose de la locura de este excelso personaje, algo encubiertamente aun, aunque no tanto, puesto que salta a vista de ojos a poco que se medite, dice verdades como templos. Y de esta forma nos habla de cosas y nos describe hechos,

que estando en su ánimo y en su voluntad, no puede decir ni realizar él.

En esta obra, en la que hace el canto más grande que pueda hacer poeta alguno de su patria, a la que más que admirar adora y por la que sufre tanto al verla innoblemente vejada por los que constantemente blasonan de un patriotismo que sólo es de conveniencia, nos habla de libertad, palabra en desuso entonces, nos demuestra que es partidario de la máxima libertad, así individual como de los pueblos oprimidos, como nos demuestra su acendrado cariño a todos los pueblos de la Península.

Eso es Cervantes: un patriota y el primer liberal de nuestro país. Aunque estos adjetivos de patriota y liberal están actualmente desacreditados porque con ellos suelen motejarse muchos sotes y almidonados, tened presente que Cervantes fué patriota y fué además liberal, que es serlo todo. Comienza su maravillosa obra, y ya en el prólogo de ella dice:

«También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celeberrimos.»

Verdaderamente, en aquella época, el hombre de talento que daba a luz un libro había de recurrir, de implorar a los magnates, a los poderosos, aunque éstos fuesen solemnes imbéciles, que le hiciesen la merced de escribirle algún soneto para el principio de su libro, puesto que sin ellos, aun siendo el escritor más notable, no podía lanzarlo a la publicidad, aunque fuese la mejor obra que se hubiese escrito en la tierra, so pena de que nadie lo tuviera en cuenta y de que fuese el menosprecio de los gentes.

Y es él, el primero, que dándose cuenta de tan enorme aberración y no queriendo pasar por aquella arbitraria y estúpida costumbre, se escribe él mismo los sonetos que han de ir al principio de su libro.

Hace su primera salida don Quijote. Acuérdate en la venta, que él considera castillo, que debe armarse caballero, y mofándose graciosamente Cervantes de las fatuas ceremonias que a este fin se hacen, arma caballero al héroe de su obra en un corral, después que ha velado las armas en el abrevadero de las caballerías. Ironía magnífica de las ceremonias que hasta no ha mucho se han venido celebrando en la capital de España para nombrar a algún pingüino caballero de tal o cual orden.

Decídese a armarle caballero el ventero ante las exigencias de don Quijote. Dícele, «como ya le

había dicho que en aquel castillo no había capilla y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo». Y así el ventero «trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos doncellas, se vino a donde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo su manual (como que decía alguna devota oración), en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo», quedando de esta suerte armado caballero don Quijote.

Cuando ya armado caballero, al salir de la venta, oye unas voces delicadas «como de persona que se quejaba», vuelve las riendas a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían y vió atado a una encina a un muchacho, «desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo. Porque decía:

«—La lengua queda, y los ojos listos.»

Ver injusticia tal y ver la necesidad de intervenir, es todo uno en don Quijote; y así, dirigiéndose al que le pegaba, con voz airada dijo:

«—Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza el labrador), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.»

Imaginad qué concepto tenían los antiguos ricos hacendados de humanidad y qué atribuciones les daban los gobernantes tan en consonancia con los derechos del hombre, y ved a nuestro caballero poniendo al descubierto una injusticia manifiesta.

Observad cómo en esta aventura, trata a los frailes de San Benito, que así pudieron ser de San Apapucio, puesto que lo que hace hablar así a don Quijote, es el saber Cervantes la influencia de esta gente y el creerles capaces de todo.

«Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles.

En viéndolos don Quijote «se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca, que a él le pa-

L'ARXIU LLIBRERIA de
COMPR A I VEND A Joan B. Batlle
DE LLIBRES VELL S Via Diagonal, 442
BARCELONA

BIBLIOGRAFIA CRÍTICA de ediciones del QUIJOTE

impresos desde 1605 hasta 1917,
recopiladas y descritas por
JUAN SUÑÉ BENAGES y
JUAN SUÑÉ FONBUENA

Obra, según dice D. Emilio Cotarelo
y Mori en sus *Ultimos Estudios Cer-
vanticos*, «la más completa y exacta
de las publicadas, y libro indispen-
sable de todo cervantista».

Un volumen en cuarto mayor, de XXXI 485
páginas, ilustrado con profusión de facsimi-
les de portadas de ediciones del QUIJOTE.

15 pesetas

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

reció que le podían oír lo que dijese, en alta voz,
dijo:

—«Gente endiablada y descomunal, dejad luego
al punto las altas princesas que en ese coche lle-
váis forzadas; sino, aparejaos a recibir presta-
muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.»

Detiénense los frailes contemplando a D. Qui-
jote, y responden:

—«Señor caballero, nosotros no somos endia-
blados ni descomunales, sino dos religiosos de San
Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos
si en este coche vienen, o no, ningunas forzadas
princesas.»

Contéstales don Quijote:

—«Para conmigo no hay palabras blandas; que
ya os conozco, *fementida canalla*.»

Yendo al entierro del pastor Crisóstomo, muerto
de amores por Marcela, dícele, Vivaldo, a don
Quijote, hablándole de la caballería andante:

—«Parécenme, señor caballero andante, que
vuesa merced ha profesado una de las más estre-
chas profesiones que hay en la tierra, y tengo para
mí, que aun la de los frailes cartujos no es tan es-
trecha.»

A lo que responde don Quijote:

—«Tan estrecha bien podía ser, pero tan nece-

saria en el mundo no estoy en dos dedos de po-
nerlo en duda. Porque, si va decir verdad, no hace
menos el soldado que pone en ejecución lo que
su capitán le manda, que el mismo capitán que se
lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda
paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra;
pero los soldados y caballeros ponemos en ejecu-
ción lo que ellos piden.

Encuétrase otro día una cadena de galeotes.
«Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino
que llevaban venían hasta doce hombres a pie,
ensartados como cuentas en una gran cadena de
hierro, por los cuellos y todos con esposas en las
manos. Venían asimismo con ellos dos hombres
de a caballo y dos de a pie; los de a caballo con
escopetas de rueda, y los de a pie, con dardos y
espadas; y que así como Sancho Panza los vido,
dijo:

—«Esta es cadena de galeotes, gente forzada del
rey, que va a las galeras.»

—«¿Cómo gente forzada?—preguntó don Quijote.
—¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna
gente?»

Contestóle Sancho que eran gente «que por sus
delitos iba condenada a galeras, de por fuerza».
A lo que replica don Quijote:

—«Pues desa manera, aquí encaja la ejecución

Llibreria ROYO

LLIBRES ANTICS I MODERNS

ES COMPREN
GRANS I PETITES
BIBLIOTEQUES, PAGANT AL
COMPTAT EL PREU
MÀXIM

}

Rambla Santa Mònica, 14
Telèfon 23.862 - BARCELONA

de mi oficio : *defacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.*»

Pregunta después al comisario por qué delito van aquellos hombres a galeras, no le atiende éste como se merece el hidalgo, e interroga él mismo a los presos uno a uno. Cuéntale cada cual de éstos sus delitos no encontrando en ellos motivos para tal castigo. Ordena al comisario los ponga en libertad, y al no quererle obedecer éste de buen grado, los liberta él con su arrojo y valor.

Dáse cuenta de que lo perseguirá la Santa Hermandad por tal hecho y se interna en Sierra Morena, donde al cabo de unos días, lo encuentran el barbero y el cura. Este, que está enterado por Sancho, de que dió la libertad a los galeotes, le cuenta un imaginario robo cometido a él y a maese Nicolás, por los galeotes libertados, para poder insultar así a su libertador que sabe ha sido don Quijote, y termina diciendo :

«—Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son unos galeotes, que dicen que libertó, casi en este mismo sitio, un hombre tan valiente, que a pesar del comisario y de los guardas, los soltó a todos ; y, sin duda alguna, él debía de estar fuera de juicio o debe de ser tan grande bellaco como ellos, o *algún hombre sin alma y sin conciencia*, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel, quiso defraudar la justicia, *ir contra su rey y señor natural*.

Dice, Sancho, que fué don Quijote el que dió libertad a los galeotes y dále con esto motivos para contestarle al cura contestando a Sancho, diciéndole :

«—Majadero, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas o por sus gracias ; sólo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías.»

En la visita que le hacen el cura y el barbero, descrita en el capítulo I de la segunda parte, al hablarle el primero de que «se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio, ni adonde había de descargar tan gran nublado», háblales de la forma en que él aconsejaría al rey, y díceles que tiene una fórmula que les diría si le guardasen el secreto. Pídenle éstos que se la diga, y dice don Quijote :

«—No querría, que la dijese yo ahora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.»

Jura al barbero no decir ni a rey ni a Raque lo que dijese don Quijote, y éste dice que cree en su juramento en fe de que sabe «que es hombre de bien el señor Barbero».

«—Cuando no lo fuera—dice el cura—yo le abono y salgo por él»

«—Y a vuesa merced ¿quién le fia, señor cura?—le pregunta don Quijote.»

Después de la definición de la poesía que hace al caballero del Verde Gabán, dice :

«—Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, *que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe puede y debe entrar en número de vulgo.*»

Yendo con el mismo caballero del Verde Gabán, encuentra en el camino un carro con las banderas que dan señal que lo que en él va, es algo que pertenece al rey, y «afirmándose bien en los estribos requiriendo la espada y asiendo la lanza», dice :

«—Ahora, venga lo que viniere ; que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona.»

«Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero, en las mulas, y un hombre sentado en la delantera.

Preguntóles don Quijote que adónde iban, qué carro era aquél y qué banderas las que llevaba, respondiéndole el carretero :

«—El carro es mío, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía a la corte, presentados a su majestad ; las banderas son del rey nuestro señor en señal de que aquí va cosa suya.»

Preguntóles don Quijote si eran grandes los leones. Respóndele el leonero que jamás pasaron mayores de Africa a España. A lo que dice don Quijote :

«—Leoncitos a mí ? ¿A mí leoncitos y a tales horas ? ¡Pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían si soy yo hombre que se espante de leones !»

Reparad en esta aventura, ved al caballero obligando al leonero a abrir la puerta de la jaula de los leones, que son regalo para el rey. Observad cómo el leonero atemorizado abre al fin la jaula teniendo a don Quijote a la puerta y cómo los leones contemplan al caballero, se estiran plácidamente, se relamen y vuelven a acostarse tranquilos, sin aceptar el reto de nuestro héroe. Pensad en el significado de esta escena y pronto observaréis la burla, la sátira más refinada al poder del rey. Ved como él mismo nos demuestra lo que digo, cuando después de visto que no salen los leones de la jaula, dice al leonero :

«—Pues si acaso su majestad preguntare quién la hizo (se refiere a la hazaña), decirle que el *Caballero de los Leones*; que de aquí en adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido de el *Caballero de la Triste Figura*.»

En todo este tiempo (en el de esta aventura)—dice Cervantes afirmando mi creencia—, no había hablado palabra don Diego de Miranda (el Caballero del Verde Gabán), todo atento a mirar y a notar los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo.»

Durante su estancia en casa de los duques, tropieza don Quijote con un eclesiástico, del que dice Cervantes que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que no lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que queriendo mostrar a los que ellos gobiernan, a ser limitados, les hacen miserables, destos digo que debía ser el grave religioso que con los Duques salió a recibir a don Quijote.»

Siéntanse a la mesa con los duques, el clérigo y don Quijote, y durante la comida se entabla conversación entre los duques y don Quijote acerca de la caballería andante. El cura escucha unos momentos la graciosa conversación y con mani-fiesta cólera, dirigiéndose al duque, dice:

«—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote o don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.»

Dirígese después a don Quijote y suéltale otra racha de improperios, hasta que puesto en pie don Quijote, «temblando de los pies a la cabeza, como azogado, con presurosa y turba lengua, dijo»:

«—El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo. Y así por lo que he dicho como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuestra merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios...»

«¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños?»

Dice después:

«—Si me tuvieran por tonto los caballeros, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta; pero que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir si place al Altísimo.»

Y acaba su discurso de esta forma:

«Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que esto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras excelencias, Duque y Duquesa excelentes.»

Esto, es, a grandes rasgos, la demostración de que Cervantes fué liberalísimo y de que podemos decirle a quienes traten de negarlo con torcidas o mal intencionadas interpretaciones, que mienten como bellacos profanando el nombre de quien por su extraordinario talento, por su hidalguía y su liberalidad, fué el más excelso caballero de nuestra amada España.

EZEQUIEL ORTIN

(Trabajo leído en la velada literaria que los «Admiradores de Cervantes» celebraron el 23 de Abril de 1932, para conmemorar la muerte de Miguel de Cervantes.

ANTIGUA LIBRERIA DE CERVANTES

de RAMÓN MALLAFRÉ

LIBROS DE TEXTO

CALLE TALLERS N.º 82
(Junto a la Plaza de la Universidad)
Teléfono 22230

BARCELONA

COMPRA Y VENTA
DE TODA CLASE DE
LIBROS ANTIGUOS
Y MODERNOS

OBRAS DE LITERATURA,
ARTE, CIENCIAS,
DERECHO, MEDICINA,
MUSICA, REVISTAS,
GRABADOS, ETC.

quien
ago al
an las
dicho
as de
r, que
atalla
antes

e por

s, los
por
estu-
endas
allero
no.)

uenos
u nin-
obra,
lígan-
exce-

e que
s de-
o mal
como
u ex-
erali-
nada

TIN

«Ad-
Abril
iguel



JOSÉ PORTÉ

LIBRERO

MONTESIÓN, 3 BIS, PRINCIPAL

Apartado de Correos 574
Teléfono 16.792

BARCELONA

Direc. telegráfica y cablegráfica:
PORTELIBER

*Libros raros, Antiguos y Modernos,
españoles y extranjeros*

INCUNABLES • MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE EN LENGUAS
ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS • OBRAS AGOTADAS
IMPRESIONES ARTÍSTICAS Y LIMITADAS
MODERNAS • ENCUADERNACIONES AR-
TÍSTICAS E HISTÓRICAS • DIBUJOS
AUTÓGRAFOS • GRABADOS
CERVANTINA



Libros cervantinos que vendemos a los precios marcados

| Ptas. | Ptas. |
|--|---|
| Pérez Pastor (Cristóbal). Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos. Madrid, 1897-1902. In-4. 2 tomos 40 | cha. Barcelona, Tomás Gorchs, 1859. Gran in-fol. Láminas y grabados. Encuadernado 100 |
| Calderón (Juan). Cervantes vindicado en ciento quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que no han entendido, o que han entendido mal, algunos de sus comentadores o críticos. Madrid 1854. In-8. Encuadernado en el mismo tomo hay dos obritas más, no referentes a Cervantes. 20 | Cervantes Saavedra (Miguel de) El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Edimburgo, T. Y. A. Constable. Londres, David Nutt, editor, 1898-99. In-4 mayor. 2 tomos encuadernados 80 |
| Givanel i Mas (Joan). Catàleg de la Col·lecció Cervàntica, formada per D. Isidre Bonsoms i Sicart i cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya. Barcelona, 1916. In 4 mayor. 3 tomos encuadernados 90 | Cervantes Saavedra (Miguel) El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Edición adornada con 800 láminas repartidas por el contexto. Barcelona, Antonio Bergnes y Compañía, 1839-40. In-4 mayor. 2 tomos. Grabados y láminas. Encuadernados 40 |
| Otro ejemplar en papel de hilo 150 | Cervantes Saavedra (Miguel de) Novelas ejemplares. Madrid, viuda de Alonso Martín, 1622. In-8. Pergamino. Le faltan 6 hojas preliminares 75 |
| Cervantes Saavedra (Miguel de). Colección de las láminas sueltas, que ilustran la edición de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, corregida por la Real Academia Española. Madrid, Joaquín Ibarra, 1780». Encuadernadas en un volumen. In-fol. en muy buen estado de conservación 100 | Cervantes Saavedra (Miguel). Viaje al Parnaso. Dirigido a D. Rodrigo de Tapia, Caballero del Hábito de Santiago. Publicanse ahora de nuevo una tragedia y una comedia inéditas del mismo Cervantes: aquella intitulada la Numancia; ésta El Trato de Argel. Madrid, Antonio de Sancha, 1784. In-8 mayor. Láminas. Encuadernado 50 |



OCHO
COMEDIAS, Y OCHO
ENTREMESES NUEVOS,

Nunca representados.

COMPUESTAS POR MIGUEL
de Cervantes Saavedra.

DIRIGIDAS A DON PEDRO FER-
nandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade,
y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre
de la Camara de su Magestad, Comendador de
la Encomienda de Peñafiel, y la Zarca, de la Or-
den de Alcantara, Virrey, Gouvernador, y Capi-
tan general del Reyno de Napoles, y Presi-
dente del supremo Consejo
de Italia.

LOS TITVLOS DESTAS OCHO COMEDIAS
Y sus entremeses van en la quarta hoja.

Año



1615.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID, Por la Viuda de Alonso Martin.
A costa de Juan de Villarroel, mercader de libros, vendiendo en su casa
a la plaçuela del Angel.

Facsimile de la portada de la edición Príncipe
de las Comedias y Entremeses





UNA NUEVA EDICION DEL QUIJOTE

Dos magníficos tomos, tamaño 218 por 155 milímetros, encuadernados con artísticos relieves, inscripciones y rótulos en oro; ilustrados con 37 láminas—en gran tamaño—32 de la edición publicada por la Academia Española en 1780, y un mapa de la época, a gran formato y tirado a dos tintas. Esta edición, comentada por J. Suñé Benages, consta de unas 1,200 páginas con tipos muy claros y legibles, impresos sobre papel verjurado de primera calidad.

La obra va avalorada con veinte páginas de índice a dos columnas, en las que se registran algunos miles de asuntos citados en ella, tales como refranes, frases adverbiales, máximas, aforismos, Libros de Caballerías y de Historia, novelas, poemas, obras dramáticas, nombres diversos, geográficos, etc., etc. Esta interesante y utilísima particularidad, hace indispensable nuestra edición del "Quijote" en toda biblioteca española y extranjera.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS IMPORTANTES DE LA REPÚBLICA

Precio de favor para los
mil primeros compradores:

28

pesetas los dos vo-
lúmenes, en España

I B E R I A

JOAQUÍN GIL - EDITOR

BARCELONA
Muntaner, 180

M A D R I D
Av. Pi y Margall, 9

Precio de favor para los
mil primeros compradores:

28

pesetas los dos vo-
lúmenes, en España